



LA CONDICIÓN (IN)HUMANA

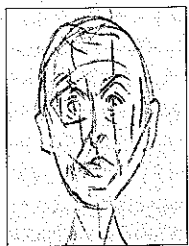
Por ANTONIO CAMPILLO

Georges Bataille fue componiendo su obra literaria durante más de treinta años, desde la *Historia del ojo* (1928) hasta *Las lágrimas de Eros* (1961). Sus escritos son un testimonio excepcional del segundo tercio del siglo XX, un período en el que la civilización europea, cristiana y liberal sufre el más extremo desgarramiento de su historia: primero, los agitados años de entreguerras, dominados por el fascismo, el comunismo y las vanguardias artísticas y literarias; luego, la segunda guerra mundial, que concluye con el holocausto de los judíos y el inicio de la era nuclear; por último, los opresivos comienzos de la "guerra fría", marcados por el conflicto entre EE.UU. y la U.R.S.S.

Durante esas décadas centrales de nuestro siglo, Bataille frecuenta *boîtes*, burdeles y tabernas, se casa o mantiene relaciones amorosas con varias mujeres (Sylvia Maklès, Colette Peignot, Denise Rollin, Diane Kotchoubey), participa en pequeños grupos de acción política (Círculo Comunista Democrático, Masas, Acéfalo), mantiene tormentosas relaciones con André Breton y los surrealistas, funda y dirige diversas revistas (*Documents*, *Contre-Attaque*,

Acéphale, *Critique*), crea la Sociedad de Psicología colectiva (de la que será vicepresidente) y el Colegio de Sociología sagrada (junto con Michel Leiris y Roger Caillois), polemiza con los existencialistas franceses (Sartre y Camus, sobre todo) y, paralelamente, va componiendo una lúcida y polifacética obra (relatos pornográficos, poemas, meditaciones filosóficas, ensayos antropológicos, artículos de crítica política, literaria y cultural).

Pero hay un hilo conductor que enhebra los sucesivos episodios de esa intensa vida y los diversos escritos de esa polifacética obra. A lo largo de su itinerario personal e intelectual, Bataille fue trazando círculos cada vez más amplios en torno a un recurrente punto ciego: el ser humano es un animal esencialmente contradictorio, por lo que la vida de cada individuo (y la historia entera de la humanidad) es una insoluble tragedia. Lo más original y fecundo del pensamiento de Bataille está precisamente aquí, en esta paradójica concepción de la *condition humaine*. En su prólogo al primer volumen de *La parte maldita*, Bataille dice haber encontrado el punto en que el movimiento del



**Estoy en la angustia y pienso, el pensamiento en mí
suspende la angustia, soy un ser dotado del poder
de suspender en él el ser mismo**

mundo y el movimiento del hombre coinciden, en donde el objeto de la fría investigación científica se revela a un tiempo como "el punto de ebullición" que enardece el sujeto de la misma. Ese "punto de ebullición" no es otro que la tensión irreductible entre la ganancia y la pérdida, entre la acumulación y la destrucción de energía, que en la vida humana se manifiesta como una tensión entre el trabajo y el juego, entre el cálculo y el derroche, entre la conveniencia del "bien" y la atracción del "mal", entre la humanidad servil y la humanidad soberana.

Esta idea recorre todos sus escritos y vertebra los distintos aspectos de su teoría de la cultura (la economía, la política, el erotismo, la religión, el arte, la literatura). Integrando elementos teóricos procedentes de la filosofía alemana (Hegel, Marx, Nietzsche), del psicoanálisis (Freud, Rank) y de la escuela francesa de sociología (Durkheim, Mauss, Lévy-Bruhl, Métraux), Bataille consigue elaborar un pensamiento abismal, el "sistema del no-saber", en el que se entrecruzan las investigaciones empíricas, las reflexiones filosóficas y los dramas íntimos de su propia "experiencia interior".

Afirmación negada, negación afirmada

En 1933, en un artículo denominado "La noción del gasto" ("La notion de dépense") —en el que Bataille reconoce su deuda hacia el "Ensayo sobre el don", publicado por Marcel Mauss en 1925—, aparece ya claramente formulada su concepción paradójica de la vida humana. Esta concepción será reelaborada una y otra vez en sus obras posteriores, tanto en los tres volúmenes de la *Suma ateológica* (*La experiencia interior*, *Sobre Nietzsche* y *El culpable*), escritos durante la segunda guerra mundial, como en los diversos ensayos de la posguerra. En "La noción de gasto", Bataille postula la oposición entre el gasto improductivo y el consumo productivo, entre el principio de pérdida y el principio de ganancia como la clave a partir de la cual han de ser revisados los supuestos utilitaristas de la "economía clásica" (dominantes no sólo en el liberalismo sino también en el marxismo). Esta tesis es retomada y desarrollada en el primer volumen de *La parte maldita*, publicado en 1949 con el título *La destrucción. Un ensayo de economía general*. En esta obra, Bataille propone sustituir la "economía restringida", basada exclusivamente en el principio

de ganancia, por una "economía general" que tenga también en cuenta el principio de pérdida y el conflicto entre ambos principios. A partir de esta "economía general", Bataille construye toda su teoría de la cultura, expuesta en textos que dejó inéditos, como *Teoría de la religión* (1948) y *La soberanía* (1953), y en textos que publicó durante sus últimos años, como *El erotismo* (1957) y *Las lágrimas de Eros* (1961).

¿En qué consiste la contradicción humana? De entrada, la humanidad se afirma a sí misma mediante la negación de la animalidad. Esta autoafirmación de lo humano se da a través del trabajo: el uso de útiles hace posible la aparición de la conciencia, es decir, la separación entre "sujeto" y "objeto" y la subordinación entre "medios" y "fines". Bataille coincide con Hegel y Marx (y con los paleontólogos contemporáneos) en que el trabajo es lo que hace posible el nacimiento de la conciencia, el tránsito de la animalidad a la humanidad.

Pero el trabajo humano surge como una actividad social que requiere la coordinación funcional de las acciones y la subordinación o encadenamiento teleológico de las mismas. Ahora bien, esto no puede conseguirse si no se prohíbe la satisfacción inmediata del deseo, si no se pone en suspenso el primado de la inmediatez animal. Aquí es donde Bataille coincide con Freud. Para Bataille, como para el último Freud, hay dos grandes pasiones, dos grandes "movimientos de exceso contagiosos": el sexo y la agresividad, el impulso erótico y el impulso tanático. Por eso, las dos grandes prohibiciones sobre las que se funda toda sociedad humana proscriben el sexo y el asesinato. Son estos dos tabúes los que permiten al hombre autoafirmarse como tal y negar su propia animalidad.

La humanidad surge, pues, con el trabajo y con la ley, que son los dos modos de que dispone el hombre para conjurar el temor a la muerte. Ambos responden a una misma lógica temporal, a una misma racionalidad calculadora, que subordina el presente al futuro. Ambos coinciden en este primado de la razón sobre el deseo, del "bien" o valor futuro sobre el "mal" o valor presente. El hombre niega en sí la inmediatez animal y afirma el cálculo racional para asegurar la perduración de la vida. Detrás de la racionalidad humana está la conciencia y la angustia de la muerte. Pero lo que el hombre obtiene a

cambio no es más que una vida reducida a su mera condición de subsistencia, una vida servil que se limita a reproducirse con la sola voluntad de perdurar.

Por eso, la humanidad no puede dejar de negarse a sí misma, no puede dejar de negar ese mundo del trabajo y de la ley que ella misma ha edificado, no puede dejar de negar la negación que ella misma es; en fin, no puede dejar de afirmar el retorno de lo reprimido, el retorno de esa inmediatez que mantiene al animal en una relación de intimidad o inmanencia con el mundo. No se trata de retroceder a la animalidad perdida, sino de recobrar para lo humano el valor de la animalidad negada, eso que Bataille llama "la santidad del mal". Este segundo movimiento revela una dimensión diferente de la humanidad, sin la cual no serían comprensibles los más diversos aspectos de la cultura. Bataille dedicará todos sus esfuerzos a reivindicar esta otra dimensión de la experiencia humana.

Sin ella, no serían comprensibles los fenómenos "heterogéneos", "sagrados" o "soberanos": el juego, la fiesta, el sacrificio, el erotismo, el arte, la literatura. Por más que difieran entre sí, todas estas actividades son igualmente inútiles o antieconómicas. Lo que importa en ellas no es el consumo productivo sino el gasto improductivo, no el ahorro sino el derroche, no la ganancia sino la pérdida, no la producción sino la destrucción, no la adquisición sino la donación. Lo que importa en ellas no es la mera perduración de la vida sino su intensificación, su exaltación, su incandescencia, aun a riesgo de consumirla por completo, aun a riesgo de perderla. No se busca la muerte, pero tampoco se la teme. Lo que ahora importa no es la preocupación por el futuro, sino la afirmación del presente; no la supervivencia o perduración de uno mismo como ser separado, sino

la convivencia o comunicación con el resto de los seres; no, pues, el temor a la muerte, sino el amor a la vida.

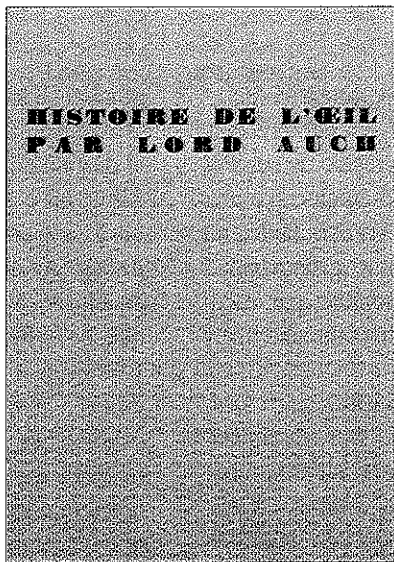
Lo humano contradictorio

Con el término *humano* no se nombra, pues, sino una contradicción. Por un lado, se trata de un ser que afirma su razón o su conciencia frente a la inmediatez animal, un ser separado o "individuo" que teme su propia muerte y se defiende de ella mediante la subordinación del deseo presente al bien futuro, sometién dose servilmente al trabajo y a la ley; por otro lado, se trata de un ser que niega ese orden del trabajo y de la ley, es decir, que niega en sí mismo la individualidad temerosa y servil, para afirmar en su lugar una *(in)humanidad* valerosa y "soberana", que no teme a la muerte y que hace del presente un fin en sí, aun a riesgo de morir. Para Bataille, la humanidad alcanza su cumbre en esta afirmación de su soberanía *(in)humana*. Pero la cumbre es también el lugar de la ruina y la perdición. Porque para acceder a ella es preciso poner en cues-

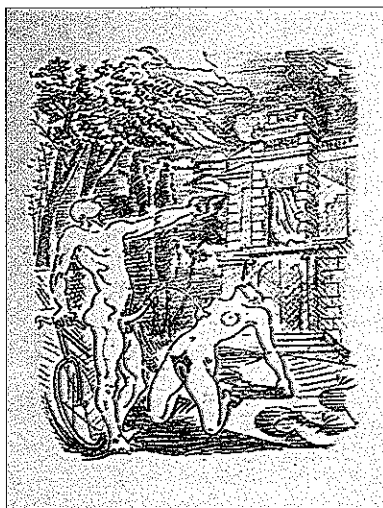
tión la propia vida, la propia razón, la propia individualidad separada y segura de sí, en fin, la idea misma de "propiedad". Para acceder a la soberanía, hay que entregarse sin reserva y sin demora al incierto movimiento del amor, de la comunicación (festiva, erótica, estética) con el resto de los seres. En pocas palabras, hay que ponerse a sí mismo en juego, hasta el extremo de la impotencia del no-saber.

Para Bataille, este conflicto entre la humanidad servil y la *(in)humanidad* soberana es una constante de la experiencia humana y no cambia con la historia, aunque cambien notablemente sus manifestaciones. La dialéctica histórica entre las dos caras de lo humano, entre lo profano y lo sagrado, entre la servidumbre y la soberanía, entre el principio de utilidad y el principio de pérdida, es la que ha ido engendrando las

diversas formas históricas de organización social, con sus correspondientes mutaciones en los campos de la econo-



Primera edición, 1928



André Masson, dos litografías para *Histoire de L'œil*, 1928



Llamo experiencia a un viaje al punto extremo de las posibilidades del hombre

mía, la religión, la política, el erotismo, el arte y la literatura. Pero tales mutaciones no pueden ser interpretadas como un movimiento teleológico o progresivo de superación del pasado por el presente, pues no conducen a una reconciliación final de los contrarios. Para Bataille, no cabe tal reconciliación: el conflicto entre la humanidad profana y la humanidad sagrada es irresoluble, y el escenario de la historia ha de ser contemplado como una interminable tragedia.

Así se expresa el propio Bataille en *La soberanía*: "Desde el instante en que opongo la humanidad a la animalidad, debo tener en cuenta *al mismo tiempo* la oposición primera y unos efectos híbridos que finalmente resultan de ella. No solamente el retorno a la animalidad que percibimos en la soberanía —y en el erotismo— difiere profundamente del punto de partida animal (la transgresión no es la ausencia de límite) sino que entra en composición con el mundo al cual se opondrá. El mundo humano no es finalmente más que un híbrido de la transgresión y de la prohibición, tal que el nombre *humano* designa siempre un *sistema* de movimientos contradictorios (...). Por tanto, el nombre *humano* no designa nunca, como creen los ingenuos, una posición estabilizada, sino un equilibrio aparentemente precario, específico de la cualidad humana. Siempre el

nombre de hombre se une a una combinación *imposible* de movimientos que se entre-destruyen (...). La tempestad es el destino de un ser condicionado que lleva en sí no solamente las condiciones del ser, de aquél que él es en particular, sino también la aspiración general de los seres a salir de sus condiciones, a negarlas. El hombre utilitario es aquél que se ocupa ante todo de sus condiciones, de las que, en el límite, el hombre soberano es la negación. Uno y otro son contestables en su principio. No podemos reducirnos a la utilidad y no podemos tampoco negar nuestras condiciones. Por eso, encontramos la *cualidad humana*, no en algún estado definido, sino en el combate necesariamente indeciso de aquél que niega lo dado —no importa lo que sea, si es *lo dado*—. Lo dado fue para el hombre en el origen lo que la prohibición negaba: la animalidad que ninguna regla limita. La prohibición devino ella misma, a su vez, lo dado que el hombre negó. Pero la negación se limitaría a la negación de ser, al suicidio, si excediera el *extremo de lo posible*. Las formas compuestas y contradictorias de la vida humana remiten a esta posición *en la brecha*, donde nunca fue posible retroceder ni ir más lejos"¹

1. Georges Bataille, *La souveraineté*, en *Oeuvres complètes*, vol. VIII. París: Gallimard, 1976, pp. 378-379.

Lumen



Magdalena
pecadora

Lilian
Faschinger

MAGDALENA PECADORA

Lilian Faschinger



Lumen